

## **Huesos de sol**

# Huesos de sol

MIKE McCORMACK

TRADUCCIÓN DE MAGDALENA PALMER



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Solar Bones*

Copyright © MIKE McCORMACK, 2016

Primera edición: 2021

Traducción

© AURORA ECHEVARRÍA

Imagen de portada

© SUSANNE LANGLOIS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2021

América, 109,  
Parque San Andrés, Coyoacán  
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-18342-50-9

Depósito legal: M-21555-2021

Impreso en España



Este libro ha recibido una ayuda de Literature Ireland



Cofinanciado por el  
programa Europa Creativa  
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

para Maeve

las campanas  
las campanas desde  
oigo las campanas desde  
oigo las campanas desde aquí  
desde aquí oigo las campanas  
que resuenan en la luz gris de esta  
mañana, tarde o noche  
quién sabe  
aquí, en este día gris  
oigo las campanas al mediodía, las campanas del medio-  
día, las campanas del Ángelus al mediodía, que resuenan en la  
luz gris hasta  
aquí  
en la cocina  
oigo estas campanas  
que me desgarran el corazón  
y traen el mundo entero  
aquí  
pálido y sin aliento, llegado desde muy lejos para estar en  
esta cocina  
confundido  
eso seguro  
pero oigo las campanas de la iglesia del pueblo, a un kiló-  
metro de distancia en línea recta, siguiendo toda la calle desde  
la comisaría que resguardan unos grandes sicomoros donde ha  
construido sus nidos una colonia de grajos, tantos y tan escan-  
dalosos que a veces, en primavera, cuando anidan, sus grazni-  
dos llenan la iglesia y

estoy agotado, tan rápida  
esa carrera a la iglesia y las campanas  
sí, son reales  
campanas auténticas  
no una retransmisión de la radio porque  
son inconfundibles la profundidad y el eco del sonido que  
me llega a lo largo y ancho de este día y que incluso a esta dis-  
tancia reverbera en mi pecho  
un latido sistólico desde el otro extremo de esta parro-  
quia, cuyos límites en este mundo conocido son Sheeffry y  
Mweelrea al sur y la extensión abierta de la bahía de Clew al  
norte  
las campanas del Ángelus  
resuenan en sus pueblos y demarcaciones, en sus campos  
y colinas y pantanos, tres campanadas repetidas seis veces en  
un minuto y medio, una llamada al borde del vacío que me-  
diante todas sus carreteras principales y secundarias une esta  
parroquia con  
todas sus escuelas y campos de fútbol  
todos sus puentes y cementerios  
todas sus tiendas y pubs  
el almacén de materiales de construcción y el ambulatorio  
el centro cívico  
la depuradora de agua y  
el campo de balonmano  
el mundo creado con  
todos los puntos de referencia que forman una parroquia  
como esta, igual que  
hizo el mismo mundo al inicio de los tiempos con sus  
montañas, ríos y lagos  
cuando esta zona empezó a formarse alrededor del río  
Bunowen que nace en las colinas de Lachta y fluye al norte ha-  
cia el mar, creando el valle fluvial cuyas carreteras, principales  
y secundarias, siguen el contorno del paisaje y en cuyo centro  
se encuentra  
la aldea de Louisburgh

donde suenan las campanas del Ángelus, que de nuevo  
convocan al mundo

montañas, ríos y lagos  
hectáreas, áreas y ochavas  
animales, minerales y vegetales  
alianza, cruz y corona  
el mundo creado con  
toda su historia para arroparme mientras  
estoy aquí en la cocina  
de esta casa

donde he vivido casi veinticinco años y donde he formado  
una familia, esta casa en las afueras de la aldea de Louisburgh  
—en el condado de Mayo, en la costa occidental de Irlanda—,  
una aldea en la que tengo ancestros que se remontan hasta la  
época en la que no había más que un río precario que fluía en-  
tre unas pocas casas humeantes arracimadas alrededor de una  
forja y un puente de madera, una aldea de piedra y barro que  
no obedecía a ninguna planificación ni tenía licencia para or-  
ganizar un mercado, mi linaje se remonta a la lúgubre prehis-  
toria cuando un tenaz grupo de agricultores y pescadores se  
agarraron a un terrón de tierra

pese a las tormentas y las tempestades  
contra viento y marea

hombres irascibles de barrigas prominentes que a menu-  
do se fueron a la tumba con dolor de pecho antes de los sesen-  
ta, buenos cantantes en su mayoría, todos

empeñados en ampliar su terruño de generación en ge-  
neración hasta alcanzar ocho hectáreas de pastos y cultivos,  
con acceso al ejido de la colina de Carramore que domina la  
bahía y

este dolor, este puto dolor me dice que  
por lo que sé  
siendo el saber mi fuerte, que  
que

hay algo extraño en todo esto, una inquietud en el aire  
que me ha afectado en cuanto han empezado a repicar esas

campanas, algo que se agita en mi interior, un vértigo que me lleva

a recorrer la casa  
puerta a puerta  
de habitación en habitación  
pasillo arriba y pasillo abajo  
como un loco  
dormitorios, cuarto de baño, sala y  
de vuelta a la cocina donde

Dios  
qué arrebató frenético  
Dios

no tanto un arrebato como un pliegue en la luz que fluye  
de una habitación a otra habitación solo para encontrar

la casa vacía  
ni un alma  
porque es día laborable y mi familia se ha ido  
todos se han ido

mis hijos se han independizado y Mairead está trabajando y  
no volverá hasta pasadas las cuatro, por lo que hasta entonces la  
casa es toda mía, lo que debería alegrarme porque normalmente  
me encantaría estar aquí solo sin nada que hacer más que escu-  
char la radio o leer el periódico, pero ahora esa idea me inquie-  
ta, tener cuatro horas por delante antes de que Mairead vuelva

pasar cuatro horas aquí solo  
cuatro horas antes de que ella vuelva

tiene que haber alguna forma de pasar el tiempo que me  
queda por delante, algo que alivie la inquietud porque

el periódico

sí

eso servirá

el periódico de hoy

coge las llaves del coche y conduce hasta el pueblo para  
comprar el periódico, aparca en la plaza delante de la farmacia  
y luego quédate en la calle y

eso es lo que haré



me quedaré en la calle hasta que alguien se acerque a hablarme, hasta que alguien me diga

hola

hola

o hasta que alguien me salude de alguna manera, con un gesto de la mano o pronunciando mi nombre, porque aunque esta es una calle como cualquier otra, difiere en un aspecto esencial: esta calle en concreto es mía, mía en el sentido de que la he recorrido miles de veces

de hombre y de niño

en invierno y en verano

truene, llueva o luzca el sol

de modo que sus puertas y escaparates me resultan familiares, reconozco cada farola y cada tramo de acera

esta calle conocida

esta calle en la que puedo confiar

fuelle y fundamento

uno de esos sitios por donde pasará alguien que diga

sí, conozco a este hombre

o con más concreción

sí, conozco a este hombre y conozco a su hermana Eithne y antes conocí a su padre y a su madre y a toda su familia

o con más confianza

claro que lo conozco, Marcus Conway, vive al otro lado de mis tierras, veo su casa desde mi puerta trasera

o con más rotundidad

por supuesto, Marcus Conway, el ingeniero, fuimos juntos a la escuela y también jugamos juntos al fútbol, vestíamos los colores de nuestro equipo, el negro y el dorado

o con más impaciencia

faltaría más, su hijo y su hija iban a la escuela con los míos y los dos estábamos en el consejo escolar

o con más irritación

cómo no iba a conocerlo, le presté una motosierra para que cortara el espino blanco del final de la calle y

así

infinitamente

amén

el credo básico con todos sus modos y declinaciones, los artículos de fe que me sustentan y sobre los que he construido una vida en esta parroquia con todo su trabajo y todos sus rituales durante casi cinco décadas y

esta breve historia del mundo para arrojarme

mientras estoy aquí en esta cocina, en esta luz gris, preguntándome

por qué precisamente hoy esta súbita e imperiosa necesidad de repetirme todas estas obviedades, a qué responde la sensación de que hay

umbrales que cruzar

asuntos que resolver

comprobaciones que realizar

como si hubiese entrado en una situación excepcional rodeada de olvido mientras

busco mis llaves

rebusco en los bolsillos y miro a mi alrededor solo para descubrir que

Mairead se me ha adelantado, ha salido temprano y ha comprado no uno sino dos periódicos, prensa local y nacional, están los dos en el centro de la mesa bien doblados uno dentro del otro, la luz que ilumina su lisa superficie demuestra que no los ha leído y que disfrutaré del pequeño placer de abrir un periódico nuevecito, que lo oiré crujir y crepitar, una de esas experiencias para empezar bien el día o la tarde, como es ahora el caso, volviéndolo y hojeándolo

empezando por el final, las páginas deportivas, para leer el titular

*Las duras lecciones de la última derrota*

como si este fuera el lugar y el momento adecuado para un sermón

lo que me impulsa a cerrarlo rápidamente porque no quiero homilias a esta hora del día, que según la fecha del periódico es

dos de noviembre, día de los fieles difuntos, el año está a punto de acabar

qué ha sido de octubre

ha pasado en un abrir y cerrar de ojos, hace solo una semana del cambio al horario de invierno

y los artículos de primera plana cuentan que el mundo sigue sumido en su incesante dinámica de alzarse en esplendor y desplomarse en ruinas, con guerras que continúan en algunos países extranjeros —Afganistán e Irak, por ejemplo— mientras en otros se intentan alcanzar acuerdos de paz —Israel y Palestina— y, más cerca de aquí, se suceden dramas a menor escala pero igualmente reales —falta de camas hospitalarias, presión para alcanzar acuerdos salariales en el sector público—, todas excelentes historias humanas independientemente de su conclusión, historias que transmiten el palpitar de su carne y de su sangre, mientras al mismo tiempo

en el reino superior de las finanzas internacionales otros índices más abstractos suben y bajan a su antojo —precios de acciones, tasas de interés, márgenes de beneficio, coeficientes de solvencia—, el dinero mantiene los desequilibrios necesarios para que todo siga fluyendo y en unas de las páginas interiores hay

un año después

un largo artículo con un gráfico ilustrativo y citas que resaltan las causas y las consecuencias de nuestra reciente crisis económica, un breve resumen de los acontecimientos que culminaron en la noche del 29 de septiembre, fiesta del arcángel Miguel, la noche en que el sistema financiero casi se vino abajo y el país estuvo a punto de despertar a la mañana siguiente con todas las cuentas bancarias vacías y

en aras de la claridad

ilustra el artículo una barra lateral que muestra algunos datos sobre la inmensidad de la insensatez financiera nacional durante los años anteriores a la crisis, la deuda fue acumulándose hasta alcanzar decenas de miles de millones, cifras increíbles para la economía de una isla pequeña,

magnitudes asombrosas que modificaron para siempre los horizontes de lo que nos creíamos capaces de asumir y que ahora, amontonadas unas sobre otras —todos esos cerros, duros y deslumbrantes, tan propensos al incremento viral—, parecen

los índices y magnitudes de una nueva cosmología, las fuerzas y velocidades de un mundo invertido y desolado, un reino negativo que, con el tiempo, nos absorberá la vida, ese desplome tan inesperado que ninguno de nuestros profetas supo ver, como si todos estuvieran

ciegos y mudos, despojados de sus poderes de adivinación cuando sin duda esta era la clase de catástrofe que los profetas tendrían que haber visto o sentido, pero no fue así, pues hoy es evidente, en retrospectiva, que los dones de nuestros visionarios eran de un orden inferior, sus advertencias reducidas a trémulos balidos, voces de hombres que minimizaron los riesgos sin usar un tono más enérgico y fatalista y que optaron por la crítica y el análisis, por ese tono precavido que al final se demostró totalmente inadecuado para el desastre que se avecinaba porque señalar defectos era insuficiente y las cifras y las proyecciones, por muy nefastas que fueran, jamás iban a cartografiar el verdadero mapa de la calamidad ni podían ser un conjuro adecuado para hacerle frente sin un claro tono de denuncia, el suyo nunca fue un canto que llamara nuestra atención y de nada sirvió enfrentarse a la catástrofe con razones cuando lo que necesitábamos era a

nuestros profetas enloquecidos

acudiendo a nosotros con ojos desorbitados, cubiertos de mierda, agitando una campana, visionarios y pecadores a un tiempo hablándonos en una lengua al filo de la enajenación cuyo mensaje, en lenguaje llano, se traduciría por

estamos jodidos

estamos bien jodidos porque

está acumulación de señales solo augura un desenlace y  
hay más

los ojos de esa mujer